

Crónicas del Olvido

Poesía contemporánea de Japón

ALBERTO HERNÁNDEZ

1.-
Largo ha sido el camino que ha recorrido la creación poética en Japón. En sus inicios fue parte de la escritura china, “debido a la influencia cultural de esa nación”, como dice Tetsuo Nakagami en la introducción de Poesía Contemporánea de Japón, selección realizada por el mismo Nakagami y Yutaka Hosono y publicada por la Universidad de los Andes (Talleres Gráficos, Mérida, Venezuela, 2011), bajo la coordinación editorial del poeta y académico de esa casa de estudios, Gregory Zambrano.

El estudio de Nakagami se pasea por la historia de la poesía del archipiélago oriental. Destaca que la poesía más actual de Japón nació en 1882, a través de la Antología de poemas al estilo nuevo (Shintaishi-sho), pionera recopilación poética de esa lejana nación. Mucho antes de que se estableciera la “poesía”, los escritores nipones se expresaban en chino (kanshi), en su mayoría sacerdotes y samuráis preparados culturalmente. Fue en 1848 cuando arribó a Japón la influencia europea. También hay que tomar en cuenta las otras maneras más antiguas de trazar el mundo: el tanka y el haiku, pero se trata de una remota e intrincada historia que dejaremos para otro día. Mientras tanto, tenemos en manos de nuestros lectores la denominada Poesía, la que es considerada contemporánea y más reciente en esas tierras de las antípodas.

2.-

De aquella poesía en la que medida era una forma de respirar el espíritu, quedan muchas muestras. Pero la que leemos en esta



antología se inclina por la poesía libre. Eso no quiere decir que no queden rastros de la primera inflexión, de esa “matemática” inclinación a escribir como lo exigían los cantos iniciales. Esa poesía era denominada de “forma fija”.

Los nombres que recogió Nakagami son dueños de diferentes maneras de abordar la palabra poética. Son respiraciones de distintas tonalidades. De allí la gran diversidad de la poesía del Japón, rica en color, en originalidad, en sinuosidades, en sencillez, en revelaciones. Son poetas que tratan muchos temas, pero dejan de lado “la pobreza, la discriminación o la

injusticia social, lo que podríamos decir que es un reflejo de nuestra sociedad relativamente democrática y equitativa”, asoma el antólogo. No obstante, aclara: “Pero esto no quiere decir que los poetas son indiferentes a los problemas sociales. Su mirada va más allá de las cosas cotidianas y triviales cantadas en estos versos y llega, creemos, al valor universal de la humanidad”.

3.-

Son diez los poetas que navegan en estas páginas: Kazuko Shiraiishi (1931), Ruriko Mizuno (1932), Toriko Takarabe (1933), Yutaka Hosono (1936), Tetsuo

Nakagami (1939), Chuei Yagi (1941), Shoichiro Aizawa (1950), Masaki Ikei (1953), Toshiko Hirata (1955) y Masayo Koike (1959).

De cada uno de ellos estos textos en los que expresan una brevísima y muy personal biografía: “soy una meditación que quema/ dentro guardo una isla acuosa” (Shiraiishi); “Mamá apaga en la cocina el incendio de mediodía; dentro del horno queda el rescoldo del cielo anaranjado; debajo del cielo hay una mesa, donde papá come de espalda un omelet, mostrando un crepúsculo profundo” (Mizuno); “Se me abre la herida a medida que corro,/ se

me abre con color de peonía,/ y me muero, me muero muchas veces” (Takarabe); “Si yo tuviera una lengua de mariposa, / entraría en ti más y más profundamente/ y te chuparía todo el amor” (Hosono); “Al amanecer en mi cama,/ a veces me doy cuenta de que tengo mojados/ los faldones del pijama./ Al juzgar por la tensión de los muslos y las pantorritillas/ he caminado en el agua/ con pasos inseguros” (Nakagami); “Un atardecer de otoño/ estando de pie en Times Square/ acaso yo intentaba cortar en pedazos/ un sueño momentáneo” (Yagi); “Yo me acuerdo/ de donde estabas antes/ el cielo azul del otro día/ árboles mojados/ telas de araña debajo del alero/ olor a pan quemado/ olor del agua al atardecer” (Aizawa); “Se me alivia el corazón por/ no haberles herido en ninguna parte/ pero ya tengo el pecho adelgazado,/ los hombros se me han vuelto estrechos lentamente/ el padre ya es un viejo apergaminado...” (Ikei); “Fui yo quien cortó sus brazos/ Como si quitara unas ramas innecesarias/ se los separé con una sierra/ para que no pudiera tomar volante/ para que no se pudiera salir abriendo una puerta/ para que no se fuera con una mujer...” (Hirata), y “(Mi abuela solía recitar los poemas de las cartas, y leía dos/ veces nada más que “la segunda mitad” de los poemas; así/ que ahora sólo recuerdo la parte inferior de los poemas.)” (Koike).

Son diez voces que interiorizan el mundo, que profundizan cada imagen y la convierten en un eco distinto en cada lector: nada es más humano que partir desde el mismo lugar donde nace la poesía. Desde ese fondo oscuro del alma, la poesía japonesa que se muestra en este libro ha viajado largamente para ser más libre, más personal.